

# EN EL LÍMITE<sup>1</sup>

## UNA MIRADA A MICHAEL FOUCAULT DESDE CENTROAMÉRICA

*Patricia Alvarenga Venutolo\**

Con malicia Michell Foucault mordió la fruta prohibida, tomó de una mano al Marqués de Sade y de la otra a Georges Bataille para lanzarse al abismo en busca del mundo de las tinieblas. Los acompañaba un ojo que iluminaba bajo el único impulso del deseo. Descendió donde otros lo habían hecho sin encontrar nada sobre lo que mereciera la pena reflexionar, en el límite, donde las palabras se agotan y el pensamiento se aburre, donde lo evidente, fundamentado en certezas morales, apaga el ojo del deseo.

Regresó Michell Foucault de este viaje al abismo con muchas preguntas, pero con una certeza: ese abismo está dentro de nosotros, nuestro día es nuestra noche, las formas de la claridad se explican por las formas del mundo de las tinieblas, no nos conocemos hasta que realizamos ese viaje por regiones vedadas a la imaginación.

¿Qué actualidad adquiere el pensamiento foucauliano en el mundo centroamericano cuando la noche se hace más densa, el día más corto y no advertimos la coherencia en las formas de la claridad? ¿Será que acaso es necesario penetrar esa noche densa con el ojo del deseo para comprender el rumbo de nuestras sociedades? ¿Será que nuestra noche es demasiado oscura y nos da temor alumbrarla? ¿Le tememos a los centros de reclusión donde los carceleros experimentaron una y otra vez la tecnología del dolor para aplicar el terror sobre cuerpos dóciles no por el poder de la disciplina sino por el de las cadenas? ¿Dónde se fue ese dolor? ¿Dónde el placer del carcelero? Víctima y victimario, uno debe su existencia al otro, ¿recuerdos ya distantes de tiempos superados? Olvidamos o recluimos estas experiencias en un espacio segmentado de nuestro conocimiento, donde el mundo de las tinieblas es simplemente eso, un mundo que tiene su lugar en un infierno que no nos toca, que no nos pertenece.

---

<sup>1</sup> Este ensayo reflexiona sobre el mundo centroamericano a partir de diversos textos de Michel Foucault. Por ejemplo, los primeros párrafos son el resultado de una lectura bastante libre de "Prefacio a la transgresión" el cual puede consultarse en Miguel Morey editor Michel Foucault. Entre filosofía y literatura Vol.I, Editorial Paidós, S.A., Barcelona, 1999, pp.163-180. La perspectiva analítica acerca de la interacción de la resistencia y la libertad en el pensamiento foucauliano, se nutre del excelente ensayo Angel Gabilondo "La creación de modos de vida" en Angel Gabilondo editor Michel Foucault. Estética, ética y hermenéutica Vol. III, Idem., pp. 9-35. Las reflexiones acerca de los centros de reclusión y el castigo físico se basan en una nuestro libro Cultura y ética de la violencia. El Salvador 1880-1932 EDU-CA, San José, 1996.

\* Escuela de Historia, Universidad de Costa Rica.

Jaison González ocupa durante varios días las primeras planas de los periódicos por sus espeluznantes crímenes. Pero, ¿qué conocemos los ciudadanos de este anti-héroe que vaya más allá del detalle de sus sangrientos crímenes? ¿Qué conocemos del mundo de sombras al que pertenece y que nos llena de terror? Pero, ¿para qué preocuparse? ¡Oh alivio! La policía logró atraparlo, y ya recluido en prisión no nos amenaza.

Y, ¿qué tal si el monstruoso Jaison surge de los lugares recónditos y olvidados de nuestro propio interior?

¿No valdría la pena tomar el ojo del deseo para penetrar en las profundidades de Jaison? Conocer su displicencia por la vida del otro que puede ser “yo” no es simplemente saber de lo que él es capaz, sino entrar en el juego estratégico del poder en el que construyó su mundo, que no deja de ser el nuestro. ¿Fue Jaison un muchacho manipulado por su padre delincuente? El maestro Foucault nos diría que la manipulación no tiene cabida en la construcción del poder, que es un vocablo que simplemente ofrece explicaciones fáciles del comportamiento humano obviando el poder como constructo histórico, como fuerza presente en todas las relaciones humanas que penetra los espacios más recónditos de nuestro interior, fuerza de la que nunca salimos incólumes.

Si nos dejáramos poseer del deseo de penetrar en los recónditos espacios del alma de Jaison, si nos fascináramos con cada de las cicatrices de su historia, si nos permitiéramos sustituir vocablos terminales en el pensamiento como prevención y manipulación por el deseo de explorar los poderes envueltos en saberes que marcaron su existencia y, sobre todo, por el deseo de conocer cómo en medio de los espacios abiertos por las redes del poder, él fue tejiendo su vida, entonces podríamos construir un espejo en el que nos veríamos reflejados de un modo diferente, menos amable de lo que nos gustaría, pero con una visión que, a partir de los secretos arrancados al mundo de las tinieblas, dota de profundidad y perspectiva las superficies otrora planas de nuestra imagen.

En la colonia el castigo físico era legítimo. La tecnología del dolor se aplicó a la luz del día, contemplada en las leyes para disciplinar a los grupos infamantes, es decir, a las castas inferiores. Pero estas internalizaron el castigo público convirtiéndolo en instrumento disciplinario de los cuerpos y mentes de los integrantes de sus comunidades. Entonces los indígenas lo aplicaron sobre los suyos cuando el convencimiento no era suficiente para alcanzar la cohesión necesaria en aras de resistir efectivamente la dominación de las castas superiores. En Centroamérica, el sueño de la cárcel como “mecanismo

terapéutico” para transgresores, se ha constituido en laboratorio del dolor. Los liberales convirtieron en “abuso” la práctica del castigo físico, pero a diferencia de lo ocurrido en el mundo desarrollado, no desapareció, se trasladó a los sótanos profundos de las prisiones, donde el dominio del carcelero sobre su víctima es absoluto y, cuando se alzaban incontenibles las voces de protesta, los sótanos se extendían devorando el día. Los carceleros al margen de la ley imponían su propia ley, combinando deber y placer experimentaron acuciosamente la tecnología del dolor hasta que el placer se impuso sobre el deber.

La construcción de una Centroamérica democrática se efectúa sobre esos sótanos que nunca se abrieron. Entonces, en las prisiones, la tortura sistemática ha cedido paso a la violencia del hacinamiento, del abandono, del hambre, del olor permanente a orines y excremento. La aplicación del terror sobre el cuerpo del prisionero se transmuta en el encierro que despoja al sujeto de sus potencialidades, y en manos de carceleros que solo obedecen órdenes de jefes carentes de toda responsabilidad porque el presupuesto no alcanza, se convierte en despojo humano víctima o victimario de la violencia que explota de espacios abarrotados, de la impotencia para actuar sobre su propia vida garantizándose al menos las mínimas condiciones de una existencia digna. Los sótanos de las prisiones olvidadas, ¿fueron realmente borrados de la memoria? ¿O acaso los sótanos surgen de una memoria mal sepultada que, escondida en los lugares más recónditos de la mente, termina por convertirse en fuerza determinante en la constitución de las identidades de la Centroamérica post-bélica?

Pero aun en estas experiencias extremas donde el poder del carcelero sobre el prisionero parecería absoluto, siempre hay pequeños espacios de libertad que se transmutan en resistencias. Foucault, especialmente en sus últimos escritos, enfatiza que el poder no se concibe sin la libertad, pues libertad y poder corren paralelos, se entrecruzan, juegan la una con el otro, y en este juego, el poder adquiere nuevas formas. En los espacios de libertad existe el poder potencial de transformar el universo en que se vive. La resistencia solamente muere cuando la dominación se impone como fuerza aplastante. Esas fuerzas concentradas en instituciones, en discursos, en disciplinas, constantemente confluyen, se abrazan entre sí, se repelen, surgen de los espacios más recónditos del ser y vuelven a estos espacios transformándolos, creando subjetividades en diálogos conflictivos con la resistencia. El prisionero de la Centroamérica de estos tiempos de paz, ¿podría acaso salir incólume de la violencia de un sistema que lo encierra para olvidarlo? ¿Qué diálogo establece quien delinque con los sagrados

principios morales de la patria, la corrupción entronizada en la función pública, el crimen de Parmenio Medina que solo espera el olvido para ser completamente sepultado? ¿Qué diálogo establece con la violencia cotidiana en que se desarrolla su existencia? ¿Qué racionalidad se esconde detrás de esa acción que colocamos en el terreno del mundo prohibido y así la confiscamos al conocimiento?.

El poder expresado en discursos o en actos de violencia física no se impone como fuerza exterior, toma las interioridades del ser, transformándolo. Cada acto de poder tiene consecuencias; el poder construye la cultura, el desarrollo técnico, pero también el mundo interior de los monstruos que nos acechan. Esta perspectiva foucaaliana del poder tiene también otras consecuencias. El poder va de la mano de la libertad, la libertad de la resistencia y la resistencia del poder. Es decir, resistir es tener la capacidad de generar poder que no necesariamente destruye el poder generador, pero que contribuye a construir las subjetividades sociales. El marxismo, hegemónico entre la intelectualidad contestataria de la segunda mitad del siglo XX, no penetró en el mundo interior de sus potenciales revolucionarios porque, en lugar de visualizar el poder como fuerza transformadora, lo concibió como mera manipulación, es decir, como fuerza que domina sin perturbar un interior esencial, ya dado como producto necesario del mundo material que no se ha manifestado porque lo reprimen la violencia y el engaño. Entonces, las masas que pretendía salvar el revolucionario quizá no eran tan homogéneas, inocentes y bondadosas a fuerza de sufrimiento como realmente lo creyera la beligerante izquierda.

Foucault, negándose a aceptar la existencia de una naturaleza o esencia humana, se atreve a hurgar en los espacios más íntimos capturados por la medicina, la psiquiatría y la religión, para redimensionar la concepción del poder y, por tanto, del mundo social. Sin proponérselo, dota a los estudios de género de vitales instrumentos teóricos para comprender esos ámbitos del poder que, bajo el sagrado manto de “la naturaleza”, aparecían como intocables ante el ojo adormecido del estudioso de la sociedad. Descentralizando el poder y abriendo esos ámbitos vedados, se multiplican las esferas de poder, resistencia y libertad. Entonces surgen los rostros humanos de esas masas silenciadas por teorías holísticas. En el bueno aunque ingenuo revolucionario en potencia encontramos un mundo de diversidad, donde tradiciones que han resistido la imposición de la cultura hegemónica no solo muestran el rostro amable de la heroica resistencia, sino también formas compartidas de reconstitución del poder en las que en las relaciones comunales, generacionales y de género existen claras asimetrías

sociales que se imponen con la violencia con que el poderoso intimida en la diversidad de sociedades humanas a su objeto de poder.

Descubrimos que la violencia no es simple producto de la dominación de clases o de la imposición del Estado, sino que tiene su asidero en “poderes” ligados a “saberes” que surgen en alguna medida de la misma fuente del poder de la que nosotros bebimos, pero que tomó vida propia transformándose en energía vital que da sentido a una colectividad social. En el pueblo indígena de Nahuizalco, ubicado en el occidente de El Salvador, descubrimos que detrás de la franca amabilidad del pobre se esconde un complejo universo de relaciones de poder donde la violencia media relaciones simétricas en términos de clase. En este rincón rural de El Salvador, los adultos se ven obligados a negociar diarimete con las “maras”, o bandas juveniles que acehan las esquinas del pueblo. Los jóvenes ven estrechar sus opciones cuando, para evadir la violencia callejera, no les queda más que entregar su alma aliándose con una de las maras del pueblo. Los aires del discurso liberal que abrieron espacios para enfrentar las relaciones de género en el mundo occidental, pasaron de lejos, sin perturbar aun en la actualidad el sistema patriarcal de la comunidad, cuyos basamentos culturales se encuentran en una extraña interrelación entre el mundo ancestral y el colonial. Oh sorpresa de las mujeres de Nahuizalco cuando se les inquirió sobre las formas de penalización comunal al agresor doméstico. Pero, en un mundo que responde a sus propias lógicas de poder, ¿será acaso que el “agresor” doméstico en términos occidentales se transforma en una “autoridad disciplinaria” que se impone a través del castigo físico? Foucault sugiere que el poder manifestado sutil o violentamente tiene características cualitativas que imponen distintas significaciones a los actos disciplinarios y a las tecnologías del dolor. Cuando el concepto “abuso” pierde el carácter neutral que le confiere nuestro sistema de valores producto de un proceso social particular, entonces es posible visualizar el abuso como construcción histórica y comprender así los específicos significados de la violencia simbólica y física, es decir, el papel de ésta en el siempre inestable equilibrio de poder en sociedad distintas a la nuestra.

Manifestando su irreverencia hacia los constructores de la modernidad, que se proclamaron defensores por antonomasia de la libertad, Foucault se atreve a enunciar que el sujeto que esta crea, tiene su fundamento en el oscurantismo religioso, específicamente en la práctica de la confesión. Allí, además de sufrir nuestros pecados, aprendimos de la disciplina de la introspección, a segmentar nuestra existencia, a estudiar minuciosamente las acciones de nuestra vida

cotidiana. Es decir, aprendimos a develar y, a la vez, a crear el mundo interior. Pero esa introspección que abre recónditos espacios al poder también los abre a la resistencia. En ese mundo interior donde la culpa se convierte en instrumento disciplinario que, aun cuando se ha renunciado al confesor, continúa reglamentando la vida, de nuevo día y noche se contraponen para construirse el uno a la otra. Esa parte de nuestra vida que mostramos al mundo externo tiene como contraparte un terreno de tinieblas que, mediante el poder que ejercemos sobre nosotros mismos, transformamos y disciplinamos en la vida cotidiana; no obstante, la culpa limita nuestra capacidad de ubicar ese interior en el terreno analítico y por ello, de comprender cómo hemos llegado a ser lo que somos, en aras de definir lo que deseamos llegar a ser. Entonces las culpas reprimidas de las mujeres conducen a la búsqueda del castigo en relaciones de pareja donde la agresión es la norma. ¿Problema de la psicología? Indudablemente, pero no por ello problema de personalidades excepcionalmente problemáticas, sino más bien de relaciones de poder que cercenando intimidades humanas, obtienen como respuesta la búsqueda de la autodestrucción. En nuestro mundo encontramos mujeres víctimas que escapan de su victimario para caer en las garras de un nuevo victimario, homosexuales que ansiosamente practican la violencia del chisme para esconder sus supuestas debilidades sexuales mostrando las de otros y otras, indígenas que darían la vida por desprenderse de su ascendencia vergonzosa. Foucault nos sugiere que, mediante la arqueología del saber, historicemos el mundo interno vedado para así descubrir cómo surgen y se entrelazan las disciplinas y discursos de poder que nos han creado como sujetos. Entonces transformamos la culpa compartida en potente instrumento de transformación política. Los grupos minoritarios convierten el deseo de ser blancos, en orgullosa diferencia, mujeres y homosexuales encuentran en su sexualidad reprimida potencialidades liberadoras y el estudiante que sobrevive al aburrimiento de la disciplina escolar, se rebela para convertirse en sujeto activo de su educación.

Con Foucault hemos aprendido que para penetrar en nuestro interior con el ojo del deseo debemos trascender además del mundo católico, donde la redención solo se encuentra en la renuncia a nosotros mismos, el cautivante pero inaccesible sujeto de los románticos, la simpleza con la que la razón sustituye el pecado por la irracionalidad y la psiquiatría lo convierte en síntoma de enfermedad. Foucault penetró en los secretos más íntimos para introducir en la academia el principio que el feminismo integró a las luchas de género: “lo personal es político”.

Es decir, que nuestros más recónditos deseos y temores son producto y respuesta de esa energía del poder que emana de juegos de verdad y de estrategias disciplinarias construidas históricamente, y es en ese proceso histórico donde debemos encontrar la respuesta a lo que somos y empezar a descubrir lo que deseamos ser. ¿Qué diálogo ha habido en Centroamérica entre los nuevos juegos de verdad que ha introducido la lucha femenina y el hombre agresor? ¿Es que acaso el discurso de la equidad de género, al encontrarse con juegos de verdad que históricamente han alimentado la dominación masculina, ha generado resistencias que se traducen en el reforzamiento de la violencia verbal y física como instrumentos de dominación? ¿Cómo romper estas resistencias para crear nuevos juegos de verdad donde la mujer amplíe su espacio para desarrollar sus potencialidades humanas? ¿Mediante qué eventos, como diría Foucault rescatando la centralidad de la historia en el estudio del sujeto, se constituyeron los distintos modelos de pareja que existen en Centroamérica, y qué discursos y prácticas cotidianas llevaron a la internalización por parte de la mujer de relaciones de explotación, sumisión y violencia? Partamos en busca de esos momentos originarios que constituyen la base de la arqueología del saber, para encontrar respuestas que permitan desentrañar ese interior que saberes fundamentados en dogmas y esencias han vedado al conocimiento.

En esos espacios tenebrosos de nuestro interior que los anclajes morales han condenado al ostracismo Foucault encuentra la historia de la sociedad, pues, en cada uno de nosotros hay algo de aquello que amamos y de aquello que odiamos de los otros. Rompamos los candados de la moral para encontrar los secretos de la larga noche que hoy vivimos, penetremos en el mundo prohibido con la Curiosidad, compañera inseparable del deseo de saber, para redescubrirlo con maliciosa creatividad. Entonces una moralidad abierta al diálogo con el infinito proceso de constitución del ser humano que, lejos de silenciar nuestro interior permita historizar lo que somos, permitirá crear estrategias políticas que apunten a potenciarnos como seres humanos. Entonces quizá sea posible volver a soñar con una sociedad justa e inclusiva, donde la violencia se combata no solo a través de la poco efectiva estrategia de la represión sino mediante la creación de una nueva cultura con saberes, deseos y poderes renovados que permitan enfrentar una moralidad que en la práctica reproduce lo que prohíbe y, a la vez, confisca la libertad cortando las alas al pensamiento.